



EL FUTURO DE LA ECONOMÍA ES “AUSTRÍACO”¹

Por Mark Pennington

Políticas Públicas y Economía Política, Queen Mary, University of London

Traducción de Mario Šilar

Universidad de Navarra. EBEN – European Business Ethics Network

Si uno tuviera que ofrecer un motivo de por qué el futuro de la economía debería ser ‘austríaco’², sería difícil encontrar alguno que superara el que contiene la siguiente sentencia de Hayek: “Los datos a partir de los cuales se configura el cálculo económico nunca son, respecto del todo de la sociedad, algo que pudiera estar en la posesión y en la representación mental de un solo ser humano, de tal modo que éste fuera capaz de desarrollar todas sus implicancias y agotar toda la información disponible”³.

La tarea central de la teoría económica consiste en examinar las instituciones que permiten que los individuos y las organizaciones puedan coordinar adecuadamente sus acciones. En lugar de asumir que la gente, de hecho, ya ‘sabe lo que tiene que hacer’, los economistas deberían focalizar sus estudios en determinar qué instituciones son más aptas para dotar a los actores, que *carecen* de conocimiento, con la capacidad de *aprender*, a través de la experiencia compartida de los éxitos y fracasos de unos y otros.

Uno de los aportes más lúcidos de Hayek reside en la idea de que la competencia debería ser entendida como un proceso de descubrimiento evolutivo. Personas diferentes conocen cosas diferentes e incluso, cuando se enfrentan con una misma información pueden interpretarla de modo diverso. Los planificadores centrales presentes en las instituciones gubernamentales no pueden acumular la información necesaria acerca de los costos y beneficios de las diferentes acciones humanas, porque esa información se encuentra naturalmente dispersa. En sentido contrario, una economía de mercado competitiva, descentralizada, permite la presencia de diferentes ideas y propuestas respecto de cómo utilizar los recursos económicos. Además, permite contrastar estas propuestas entre sí. Una persona puede desarrollar un emprendimiento para ofrecer un servicio de minibuses, a fin de que sus potenciales clientes puedan asistir a los locales nocturnos de una ciudad. Asimismo, otro agente puede crear una empresa que ofrezca un servicio de taxis personalizado. Ambos pueden fallar, ambos pueden ser exitosos o uno puede fallar y el otro ser exitoso; sin embargo, sólo las señales informativas, que supone el sistema de precios (ganancias y pérdidas), pueden dotar a los agentes con la información necesaria para determinar qué utilización de los recursos económicos satisface de modo más adecuado y eficiente (es decir, sin generar gastos

¹ Traducción del artículo original titulado “*The future of Economics is ‘Austrian’*”, publicado primero en *Economic Affairs*, vol. 30, n° 1, p. 4 (London, Marzo de 2010).

² El autor se refiere a la Escuela Austríaca de Economía.

³ Hayek, F. A. “The Use of Knowledge in Society”, reimpreso en *Individualism and Economic Order*, Chicago, University of Chicago Press, 1948, p. 77.

superfluos o derroches) las necesidades de la gente. De este modo, se generará un proceso de ensayo, error y aprendizaje, en la medida en que los participantes imiten los emprendimientos exitosos y aprendan a no repetir los errores cometidos por los agentes que fracasaron anteriormente.

Los modelos de competencia perfecta presentes en los manuales y libros de texto de Economía constituyen una ilusión o ficción. Estos modelos asumen algo que nunca puede ser alcanzado ya que el fenómeno de la competencia supone un proceso continuo, en el que los empresarios intentan descubrir qué modelos de negocio se deben seguir y cuáles evitar. La planificación central y la regulación gubernamental constituyen las formas más inadecuadas de afrontar los procesos de toma de decisiones. Estos procedimientos reducen el rango de opciones que pueden ser previstas a solamente aquellas que pueden ser concebidas por los planificadores y reguladores. Además, al centralizar el control de los recursos, la posibilidad de fallos sistémicos aumenta, debido al margen de error que estos actores pueden cometer en sus procedimientos de evaluación.

El problema con el programa de investigación del *mainstream*, o economía neoclásica, es que asume (da ‘por hecho’) aquello que debería explicar. Este error está presente tanto entre los teóricos que apoyan la economía de ‘libre mercado’ (la Escuela de Chicago), como entre los que arriban a conclusiones de tono más intervencionista (por ejemplo, Stiglitz y sus discípulos). En el primer caso, la asunción del modelo de información y competencia perfecta conduce a una concepción del mercado entendido como un agente productor de resultados óptimos. En el segundo caso, si bien se reconoce que los mercados en el mundo real no logran alcanzar el equilibrio óptimo proclamado en el modelo –debido a la información imperfecta–, no se ofrece ninguna explicación concreta respecto de cómo y por qué los reguladores sí pueden, teóricamente, generar el equilibrio necesario, en lugar de los mercados. En efecto, simplemente se asume que ellos –los reguladores– pueden hacerlo.

Resulta difícil encontrar un ejemplo que grafique con mayor nitidez la superioridad teórica de la escuela austríaca que el ofrecido por el actual escenario de crisis financiera. Es sabido que para los modelos neoclásicos resulta muy difícil explicar cómo se generó esta crisis. Si, tal como asume el modelo neoclásico, los actores en el mercado son agentes con información perfecta, o que al menos se comportan ‘como si lo fueran’, cabe preguntarse ¿cómo se puede producir un fallo de tipo sistémico en el mercado? Si, por el contrario, los reguladores poseen el nivel de omnisciencia que el paradigma intervencionista asume, luego, ¿por qué estos mismos reguladores no han sido capaces de prever la crisis que se avecinaba? La perspectiva que ofrece la escuela austríaca, por el contrario, dirige la atención a aquellos elementos de la actual arquitectura monetaria y financiera que pueden incrementar la posibilidad de un ‘fallo sistémico’. Esta escuela sugiere que el control de la política monetaria, a través de la intervención estatal en el sistema bancario y el ‘control’ de los bancos centrales, aumenta la posibilidad de graves errores en la política financiera, errores que se transmiten a todo el sistema económico. Del mismo modo, los problemas recientes ponen de manifiesto que la tendencia a potenciar un sistema demasiado centralizado de regulación financiera hace que las instituciones financieras cometan los mismos errores. En este caso, la experiencia

también revela que la competencia entre *distintos* sistemas de regulación se comportaría como una mejor protección frente a la posibilidad de ‘fallos sistémicos’; en lugar de la obsesión actual – presente en los agentes políticos– por articular una regulación supraestatal a nivel europeo e, incluso, una pretendida ‘armonización’ internacional.